E N S A Y O D E I N V E S T I G A C I Ó N

Geopolítica y Seguridad Internacional

Israel–Líbano y la trampa de la disuasión erosionada

Racionalidad estratégica, guerra híbrida y el colapso por acumulación del equilibrio de poder en la frontera norte de Israel

Resumen

El presente ensayo analiza la dinámica estratégica entre Israel y Líbano a través del concepto de disuasión erosionada, argumentando que la lógica del realismo ofensivo ha desplazado progresivamente los mecanismos clásicos de contención. A partir de los marcos teóricos de John J. Mearsheimer, Thomas C. Schelling y Mary Kaldor, se examina cómo la guerra híbrida —caracterizada por cohetes, ataques selectivos y operaciones indirectas— ha diluido los umbrales tradicionales del conflicto, convirtiendo la frontera Israel-Líbano en un sistema de presión constante. El análisis incorpora evidencia empírica del período 2023-2026, en particular la cadena de eventos que comprende el conflicto abierto de 2024, el alto al fuego de noviembre de 2024 y su colapso definitivo en marzo de 2026 con el inicio de la guerra regional. Se concluye que la racionalidad estratégica de corto plazo socava la estabilidad de largo plazo, atrapando a ambos actores en una espiral donde evitar la guerra exige, paradójicamente, prepararse para ella.

Palabras clave: disuasión erosionada, realismo ofensivo, guerra híbrida, Hezbolá, Israel, Líbano, Schelling, Mearsheimer, escalada estratégica.

I. Introducción: La paradoja de la disuasión sin estabilidad

1.1 Planteamiento del problema y tesis central

Durante décadas, la frontera entre Israel y Líbano operó bajo una lógica de disuasión frágil pero funcional: el recuerdo de la destrucción mutua garantizaba, de manera precaria, ciertos límites al uso de la fuerza. Sin embargo, los eventos acaecidos entre octubre de 2023 y marzo de 2026 han demostrado que aquella arquitectura de contención no era un equilibrio estable, sino una acumulación diferida de tensiones que, ante el choque correcto, se desintegraría en conflicto abierto. La pregunta que guía este ensayo no es si la guerra era inevitable —el determinismo histórico es, por definición, una trampa analítica— , sino por qué la lógica misma de la disuasión se convirtió, paradójicamente, en el mecanismo que aceleró el camino hacia ella.

La tesis que se sostiene aquí es la siguiente: la dinámica entre Israel y Líbano ha entrado en una trampa de disuasión erosionada donde la lógica del realismo ofensivo reemplaza progresivamente los equilibrios de contención. Cada actor, buscando maximizar su seguridad en un entorno de anarquía sistémica, intensifica acciones limitadas que aumentan, de manera paradójica, la probabilidad de una guerra abierta. La disuasión ya no opera como mecanismo de estabilidad, sino como señal ambigua en un entorno de guerra híbrida —cohetes, ataques selectivos, operaciones indirectas— que diluye los umbrales tradicionales del conflicto. En este contexto, el equilibrio de poder se vuelve inestable: no colapsa de forma abrupta, sino que se desgasta por acumulación, donde pequeñas escaladas tácticas generan efectos estratégicos desproporcionados.

Así, la frontera Israel–Líbano deja de ser un espacio de contención y se convierte en un sistema de presión constante. La racionalidad estratégica de corto plazo socava la estabilidad de largo plazo, atrapando a ambos actores en una espiral donde evitar la guerra exige, cada vez más, prepararse para ella.

1.2 Relevancia geopolítica y justificación académica

El estudio de este conflicto trasciende su dimensión local. En primer lugar, la relación Israel–Hezbolá constituye uno de los arquetipos más nítidos de guerra híbrida en el sistema internacional contemporáneo: un Estado con capacidades convencionales

superiores enfrenta a un actor no estatal transnacional que actúa como proxy de una potencia regional —Irán— y que ha desarrollado, en décadas, una capacidad de fuego convencional sin precedentes para una entidad subnacional. En segundo lugar, el colapso del alto al fuego de noviembre de 2024 y la reanudación de hostilidades en marzo de 2026, en el contexto de la guerra regional más amplia desencadenada por el ataque estadounidense-israelí contra Irán, ofrece al análisis académico un caso empírico de extraordinaria densidad para examinar las condiciones bajo las cuales la disuasión falla no por irracionalidad de los actores, sino por la acumulación racional de decisiones que, en conjunto, producen resultados catastróficos.

En tercer lugar, la situación posee una dimensión normativa ineludible: más de 330 personas fallecieron en Líbano durante el período del supuesto alto al fuego, entre ellas al menos 127 civiles, según datos verificados del Ministerio de Salud Pública libanés y documentados por UNIFIL y la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH, 2025). Ese dato no es un número abstracto: es la manifestación concreta de lo que ocurre cuando los instrumentos jurídicos internacionales y los mecanismos de disuasión dejan de cumplir su función.

II. Marco Teórico: Realismo Ofensivo, Coerción y Guerras Nuevas

---

2.1 El realismo ofensivo de Mearsheimer: la maximización de poder como imperativo sistémico

La tradición realista en las relaciones internacionales parte de un axioma que ha probado su resistencia analítica: en ausencia de una autoridad central capaz de imponer orden, los Estados son empujados por la estructura del sistema a competir por el poder. Kenneth Waltz (1979) formuló este principio en términos estructurales y defensivos; sin embargo, fue John J. Mearsheimer quien, en The Tragedy of Great Power Politics (2001), radicalizó la premisa para sostener que los Estados no se conforman con preservar su posición relativa, sino que buscan activamente maximizarla.

Según el realismo ofensivo de Mearsheimer, la anarquía sistémica genera en los Estados una incertidumbre irreducible sobre las intenciones del adversario, lo que los impulsa a acumular poder de manera continua. Como señala el propio autor, los grandes poderes reconocen que la mejor manera de garantizar su seguridad es alcanzar la

hegemonía, eliminando así cualquier posibilidad de ser desafiados (Mearsheimer, 2001). Esta premisa —que trasciende el ámbito de las grandes potencias para permear la lógica de actores en zonas de conflicto estructural— resulta especialmente pertinente para comprender por qué Israel, tras degradar significativamente las capacidades de Hezbolá en 2024, no optó por el repliegue estratégico sino que continuó operando en territorio libanés, manteniendo cinco posiciones en suelo libanés y ejecutando ataques diarios incluso durante el período formal de cese al fuego.

La aplicación del realismo ofensivo al conflicto Israel-Hezbolá revela una asimetría estructural que complica el análisis: Israel es un Estado reconocido con capacidades militares convencionales superiores, mientras que Hezbolá es un actor no estatal transnacional con capacidades cuasiconvencionales. No obstante, ambos exhiben el comportamiento descrito por Mearsheimer: la búsqueda de ventajas incrementales en un entorno de anarquía que castiga la pasividad. Israel, consciente de que cualquier pausa en las operaciones puede ser aprovechada por Hezbolá para reconstruir su arsenal, optó por una campaña de disruption continua. Hezbolá, debilitado pero no desmantelado, priorizó la supervivencia organizacional y la reconstrucción de capacidades sobre la confrontación directa, hasta que el detonante regional del conflicto iraní en 2026 alteró su cálculo.

2.2 La disuasión como diplomacia de la violencia: Schelling y el poder de infligir daño

Thomas C. Schelling transformó la comprensión académica de la coerción al distinguir entre la fuerza como herramienta de conquista y la fuerza como instrumento de influencia. En Arms and Influence (1966), Schelling articuló lo que denominó la diplomacia de la violencia: la capacidad de infligir daño no como fin en sí mismo, sino como activo de negociación. El poder de hacer daño —escribió Schelling— es poder de negociación. Explotarlo es diplomacia; diplomacia viciosa, pero diplomacia.

Esta distinción tiene consecuencias de largo alcance para el análisis de la frontera Israel-Líbano. En el escenario que se examina en este ensayo, ninguno de los actores buscaba la aniquilación total del adversario —al menos no en la fase inicial del período 2023-2026—. Más bien, ambos empleaban la violencia de manera calibrada para señalizar límites, demostrar capacidades y moldear los cálculos del otro. Israel utilizó ataques selectivos para degradar la infraestructura militar de Hezbolá y eliminar mandos; Hezbolá empleó el fuego de cohetes para mantener vigente la amenaza de represalia. Este

intercambio de señales, sin embargo, encierra una trampa que el propio Schelling anticipó: cuando ambas partes manipulan el riesgo de manera simultánea y la amenaza que deja algo al azar —la teoría del brinkmanship— opera sin un mecanismo efectivo de comunicación, el sistema puede escapar al control de sus protagonistas.

La credibilidad de la disuasión, según Schelling, depende de que el adversario perciba tanto la capacidad como la voluntad de cumplir la amenaza. Cuando esa credibilidad se erosiona —ya sea porque el actor disuasor ejecuta sus amenazas repetidamente sin lograr el efecto deseado, o porque el contexto cambia de tal modo que las señales pierden significado inequívoco—, la disuasión cesa de ser un mecanismo de estabilidad y se convierte en una fuente de ambigüedad estratégica. Ese es, precisamente, el estado que se configuró entre noviembre de 2024 y marzo de 2026 en el frente norte de Israel.

2.3 Las guerras nuevas de Kaldor: cuando el umbral entre guerra y paz se disuelve

El tercer pilar teórico de este análisis proviene de Mary Kaldor, cuyo concepto de nuevas guerras —desarrollado en New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era (1999, actualizado en 2012) — ofrece un marco para comprender la morfología del conflicto Israel-Hezbolá. Para Kaldor (2013), las nuevas guerras se caracterizan por la violencia entre combinaciones de actores estatales y no estatales, la difuminación de los objetivos territoriales en favor del control político a través del miedo y la identidad, y la financiación transnacional que sostiene la continuación de la violencia más allá de las capacidades del Estado.

El conflicto que se analiza en estas páginas encaja parcialmente en ese molde. Hezbolá es, precisamente, el tipo de actor que Kaldor describe: una red político-militar financiada por Irán, arraigada en la identidad chiita libanesa, con presencia en la estructura institucional del Estado libanés y con capacidades militares que superan con creces las de la mayoría de los ejércitos regulares de la región. Lo que lo distingue del arquetipo de las nuevas guerras —más propio de escenarios de guerra civil o conflicto interno— es su dimensión interestatal: opera como un vector de poder regional, convirtiendo el territorio libanés en una zona de confrontación proxy entre Israel e Irán.

La contribución más relevante del marco de Kaldor para este análisis es la noción de difuminación del umbral entre guerra y paz. En el período analizado, Israel mantuvo una media de 51 ataques aéreos mensuales contra objetivos en Líbano durante el alto al fuego, con picos de 84 en diciembre de 2024 y 80 en marzo de 2025 (Alma Research and Education Center, 2025). UNIFIL registró más de 10.000 violaciones israelíes del espacio aéreo libanés y 1.400 actividades militares en territorio libanés entre noviembre de 2024 y finales de febrero de 2026 (Al Jazeera, 2026). En ese contexto, la línea que separa el alto al fuego de la guerra activa es, funcionalmente, inexistente. Lo que existe es una forma de violencia organizada continua que no alcanza —hasta marzo de 2026— el umbral formal de guerra declarada, pero que produce efectos humanitarios, materiales y estratégicos equivalentes.

III. El Conflicto Israel–Líbano: Anatomía de la Escalada Acumulativa (2023-2026)

3.1 De la solidaridad declarada al frente norte: la lógica del eje de la resistencia

El 8 de octubre de 2023, veinticuatro horas después de los ataques de Hamás en el sur de Israel, Hezbolá comenzó a disparar cohetes guiados y proyectiles de artillería contra posiciones israelíes en las Granjas de Sheeba. La declaración explícita de solidaridad con los palestinos —un encuadramiento narrativo que activa los mecanismos de legitimación internos del grupo— marcó el inicio de lo que sería más de un año de intercambios bélicos transfronterizos continuos (Wikipedia, 2024). Desde la perspectiva del realismo ofensivo, la decisión de Hezbolá no fue irracional ni meramente ideológica: la apertura de un frente norte obligaba a Israel a dividir sus recursos militares y estratégicos, limitando su capacidad operativa en Gaza y señalizando la vigencia del eje Irán-Siria-Hezbolá como actor disuasorio regional.

Israel respondió con ataques aéreos y de artillería contra posiciones de Hezbolá en Líbano y Siria. Esta fase inicial, caracterizada por intercambios regulares pero de intensidad controlada, exhibe con claridad la lógica del brinkmanship schellingiano: cada actor medía sus acciones para mantener la presión sin cruzar el umbral que obligara al adversario a

escalar de manera descontrolada. Sin embargo, este equilibrio dinámico contenía ya las semillas de su propia ruptura. La ausencia de un mecanismo de comunicación creíble entre las partes —el silencio como lenguaje diplomático dominante— hacía que cada acción fuera susceptible de ser malinterpretada como escalada.

3.2 La invasión de 2024 y la degradación de Hezbolá: victoria táctica, trampa estratégica

La escalada de septiembre-octubre de 2024 representó un salto cualitativo en el conflicto. Los ataques israelíes que hicieron detonar simultáneamente miles de buscapersonas en manos de operativos de Hezbolá el 17 de septiembre de 2024, con el saldo de al menos nueve muertos y aproximadamente 3.000 heridos —incluyendo el embajador iraní en Líbano—, inauguraron una nueva modalidad de guerra tecnológicamente mediada que desdibujaba aún más las fronteras entre operación de inteligencia y acto de guerra (Al Jazeera, 2026). Seis días después, Israel ejecutó el ataque aéreo más mortífero sobre Líbano desde la guerra civil, con casi 600 muertos en un solo día, y desplazó a más de un millón de personas. El 1 de octubre de 2024, las fuerzas terrestres israelíes invadieron el sur de Líbano.

El resultado militar fue, en términos convencionales, favorable a Israel. La eliminación de Hassan Nasrallah, líder histórico de Hezbolá, y la degradación significativa de las capacidades del grupo llevaron a analistas del Atlantic Council y el Institute for the Study of War a caracterizar el desenlace como una victoria estratégica israelí (Wikipedia, 2024). Según estimaciones de las FDI, aproximadamente 3.800 combatientes de Hezbolá fueron eliminados entre octubre de 2023 y diciembre de 2024, de los cuales 2.672 durante la invasión de Líbano. La economía libanesa sufrió una caída del PIB real del 7,1% en 2024, con daños físicos estimados en 6.800 millones de dólares y costes de reconstrucción de 11.000 millones de dólares, según el Banco Mundial (Wikipedia, 2024).

No obstante, desde la perspectiva de la teoría del realismo ofensivo, una victoria táctica que no resuelve el problema estructural subyacente no es una victoria estratégica: es el aplazamiento del problema a un entorno de mayor precariedad. Hezbolá, debilitado pero no desmantelado, conservaba la voluntad organizacional de reconstruirse. Israel, incapaz de aceptar una zona fronteriza sin presencia adversaria, se veía estructuralmente obligado a continuar las operaciones. El alto al fuego que se firmó en noviembre de 2024 no cambió esa dinámica; simplemente la renombró.

3.3 El alto al fuego de noviembre de 2024: una arquitectura diseñada para fracasar

El 27 de noviembre de 2024 entró en vigor el acuerdo de cese al fuego entre Israel, Líbano y cinco países mediadores, incluidos Estados Unidos. El texto del acuerdo establecía un cese de hostilidades de 60 días, durante el cual Israel debía retirar sus fuerzas del sur de Líbano y Hezbolá debía desplegar sus combatientes al norte del río Litani —aproximadamente 30 kilómetros de la frontera israelí—. Un panel de cinco países liderado por Estados Unidos supervisaría la implementación, con 5.000 soldados del Ejército Libanés desplegados para garantizar el cumplimiento (Wikipedia, 2024).

El Washington Institute for Near East Policy caracterizó la situación con precisión: aunque las operaciones militares mayores entre Israel y Hezbolá concluyeron en noviembre de 2024, el acuerdo de cese al fuego permanecía tenso en múltiples sentidos. Las fuerzas israelíes continuaron ejecutando operaciones focalizadas contra objetivos de Hezbolá prácticamente cada día, dado que el objetivo principal de la guerra israelí —remover la amenaza terrorista en su frontera norte para que los residentes evacuados pudieran retornar con seguridad— seguía sin lograrse (Washington Institute, 2025). Esta formulación revela la contradicción estructural del acuerdo: se pactó el cese de las hostilidades formales sin resolver ninguna de las condiciones materiales que las habían generado.

Los datos empíricos son contundentes en este sentido. Según la ACNUDH, Israel continuó realizando ataques en territorio libanés prácticamente a diario a pesar del alto al fuego, causando un número creciente de bajas civiles y daños a infraestructura, viviendas, el medio ambiente y zonas agrícolas vitales (ACNUDH, 2025). Según el Alma Research and Education Center (2025), desde el inicio del cese al fuego, las FDI llevaron a cabo 669 ataques contra objetivos de Hezbolá en Líbano, con una media de 51 ataques mensuales, eliminando a 218 operativos de la organización. En paralelo, los esfuerzos de reconstrucción militar de Hezbolá se aceleraron, incluyendo en el sur del país, lo que Israel citó como justificación para continuar las operaciones (Washington Institute, 2025).

Esta dinámica de violencia persistente bajo el paraguas formal de un alto al fuego constituye, en sí misma, una manifestación empírica de la disuasión erosionada: ninguna de las partes estaba dispuesta a asumir el coste político de romper formalmente el acuerdo, pero tampoco a aceptar las restricciones que este imponía. El resultado fue un estado de no-

paz-no-guerra que, lejos de estabilizar el sistema, lo mantuvo en un equilibrio precario cuya ruptura era, en términos de teoría de juegos, matemáticamente probable.

3.4 El período de «lessfire» (diciembre 2024–febrero 2026): disuasión erosionada en tiempo real

El análisis de ACLED (2025) describe la situación de Israel durante 2025 con una categoría que merece atención conceptual: «lessfire», es decir, una reducción relativa de la intensidad del fuego que, sin embargo, no equivale ni a paz ni a disuasión efectiva. Las FDI del Mando Norte retiraron sus tropas terrestres del sur de Líbano en febrero de 2025, pero establecieron cinco posiciones en colinas estratégicas a lo largo de la frontera. A pesar del cese al fuego y del fin de los ataques transfronterizos de Hezbolá, las FDI no cesaron sus operaciones, manteniendo presión sobre Hezbolá mediante ataques aéreos casi diarios, principalmente en el sur del país pero también en el Valle del Bekaa y Beirut. Estas operaciones eliminaron a cientos de combatientes de Hezbolá, incluyendo cerca de 25 comandantes a lo largo de 2025 (ACLED, 2025).

El panorama humanitario reflejaba la naturaleza ilusoria del alto al fuego. El 27 de noviembre de 2025, un año después del acuerdo, la Organización Internacional para las Migraciones estimaba que más de 64.000 personas permanecían internamente desplazadas en Líbano (Al Jazeera, 2026). El Consejo Noruego para los Refugiados documentó que el Ministerio de Salud Pública libanés contabilizaba 331 muertos y 945 heridos desde el inicio del cese al fuego, incluyendo 127 civiles y 13 niños (NRC, 2025). Human Rights Watch señaló en un informe de diciembre de 2025 que las fuerzas israelíes ejecutaban ataques que ilegalmente apuntaban a equipos e instalaciones de reconstrucción, destruyendo más de 300 máquinas de construcción en uno de los ataques más devastadores (Al Jazeera, 2026).

Desde la perspectiva de la disuasión schellingiana, este período exhibe una patología particular: Israel estaba utilizando el poder de infligir daño no para prevenir una acción futura de Hezbolá —cuya actividad armada hacia Israel era en ese momento virtualmente nula—, sino para impedir la reconstrucción de capacidades militares adversarias. Esta es una forma de compellence retroactiva: no se busca modificar la conducta presente del adversario, sino configurar de manera preventiva las condiciones de poder futuro. El problema es que esta lógica, aunque racionalmente coherente desde la perspectiva israelí, priva al adversario de cualquier incentivo para cumplir con sus

compromisos y ofrece a Hezbolá la narrativa de victimización necesaria para mantener su legitimidad interna.

IV. La Trampa de la Disuasión Erosionada: Análisis Conceptual

4.1 El desgaste acumulativo como patrón sistémico

La noción de trampa de la disuasión erosionada que se propone en este ensayo no designa un momento singular de ruptura, sino un patrón de degradación gradual en el que el mecanismo mismo que debería prevenir el conflicto contribuye a su advenimiento. Este patrón se articula en tres fases analíticamente distinguibles, aunque empíricamente superpuestas.

La primera fase es la de la disuasión funcional imperfecta: ambos actores reconocen los costes de la guerra total, lo que genera incentivos para mantener la violencia dentro de ciertos umbrales. Esta fase caracterizó el período 2006-2023 entre Israel y Hezbolá: hubo proyectiles, incidentes fronterizos y operaciones encubiertas, pero el umbral de guerra abierta se mantuvo. La segunda fase es la de la erosión del umbral: las acciones limitadas se vuelven rutinarias, normalizadas, y pierden su capacidad de señalización. Cada ataque que no produce una respuesta proporcional reduce la percepción de riesgo del agresor y eleva ligeramente el umbral de tolerancia del agredido, hasta que ambos terminan operando en una zona gris donde la diferencia entre «acción limitada» y «provocación intolerable» depende de factores contingentes —el contexto regional, la presión doméstica, el cálculo de costo-beneficio en el momento— más que de principios claros. La tercera fase es la del colapso por detonador exógeno: la acumulación de tensiones es tal que cualquier evento externo puede funcionar como catalizador. En el caso analizado, ese catalizador fue la guerra estadounidense-israelí contra Irán, iniciada el 28 de febrero de 2026, que modificó radicalmente el cálculo de Hezbolá y lo llevó a abandonar la estrategia de supervivencia pasiva.

4.2 La señal ambigua: coerción sin credibilidad y credibilidad sin paz

Uno de los aportes más duraderos de Schelling es su insistencia en que la disuasión es, ante todo, un problema de comunicación. La amenaza debe ser creíble —el adversario debe creer que el disuasor está dispuesto a ejecutarla— y debe ser comprendida —el adversario debe entender exactamente qué acción desencadenará la represalia—. Cuando una o ambas condiciones fallan, la disuasión se convierte en ruido estratégico: señales sin decodificador.

El período 2024-2026 en el frente Israel-Líbano exhibe ambas patologías de manera simultánea. Por un lado, Israel demostró una credibilidad descomunal en su capacidad de infligir daño —eliminó al liderazgo de Hezbolá, destruyó infraestructura crítica, mantuvo una presencia militar activa incluso durante el alto al fuego—, pero esa credibilidad no se tradujo en disuasión efectiva porque Hezbolá no tenía opción de cumplir con las condiciones israelíes sin sacrificar su razón de ser organizacional. Por otro lado, el marco del alto al fuego generó una ambigüedad deliberada: Israel se reservaba el derecho a actuar en legítima defensa ante amenazas inmediatas, lo que en la práctica significaba que cualquier movimiento de Hezbolá podía ser designado como amenaza y justificar una respuesta. Esta ambigüedad —funcional para la libertad de acción táctica israelí— era, sin embargo, profundamente desestabilizadora desde la perspectiva sistémica, porque hacía impredecible el umbral real de tolerancia israelí y, por ende, imposible para Hezbolá calcular cuándo su conducta cruzaría el límite.

Se configura así lo que podríamos denominar la paradoja de la credibilidad excesiva: un actor tan creíble en su disposición a usar la fuerza que el adversario concluye que la disuasión es inútil y que cualquier acción —o inacción— puede resultar en represalia. En ese punto, la lógica de la disuasión se invierte: en lugar de inhibir la acción adversaria, la hace irrelevante como variable de cálculo, y el adversario comienza a tomar decisiones con base en otros factores —la presión de aliados externos, la dinámica interna, la oportunidad estratégica.

4.3 La espiral de preparación para la guerra: consecuencias sistémicas

La consecuencia más profunda de la trampa de la disuasión erosionada es la que podríamos llamar la espiral de preparación: para evitar la guerra, cada actor se ve obligado a prepararse para ella de manera más intensa, lo que a su vez incrementa la percepción de amenaza del adversario y lo impulsa a prepararse también con mayor intensidad. Este ciclo,

que tiene raíces en el clásico dilema de seguridad descrito por John Herz (1950) y desarrollado por Robert Jervis (1978), adquiere en el contexto de la guerra híbrida contemporánea una dinámica especialmente peligrosa porque la distinción entre preparación defensiva y ofensiva es prácticamente indistinguible desde el exterior.

En el caso Israel-Hezbolá, los reportes del Washington Institute (2025) documentaban que los esfuerzos de reconstrucción militar de Hezbolá se habían acelerado, incluyendo en el sur del país, lo que Israel interpretaba como violación del espíritu —aunque no necesariamente de la letra— del acuerdo de cese al fuego. Desde la perspectiva de Hezbolá, esa reconstrucción era la respuesta racional a una situación en que Israel continuaba atacando sus posiciones: si el disuasor no detiene sus ataques incluso cuando el disuadido cumple con el cese del fuego, la única respuesta racional es reconstituir la capacidad de represalia. Esta lógica de acción-reacción circular es el mecanismo generador de la espiral, y explica por qué el período de «lessfire» no produjo una estabilización, sino la acumulación silenciosa de las condiciones para una reanudación de hostilidades a mayor escala.

V. El Colapso de Marzo de 2026: Confirmación Empírica de la Tesis

El 28 de febrero de 2026, Estados Unidos e Israel iniciaron una campaña conjunta de ataques contra Irán, la culminación de una crisis geopolítica que se había gestado desde principios de ese año. El asesinato del Líder Supremo de Irán, Alí Jameneí, en el marco de esa campaña, alteró de manera irreversible el cálculo estratégico de Hezbolá. El 2 de marzo de 2026, Naim Qassem, secretario general de Hezbolá, anunció la reanudación de las hostilidades y el grupo lanzó proyectiles hacia el norte de Israel por primera vez desde el alto al fuego de 2024, incluyendo ataques contra una instalación de defensa antimisil al sur de Haifa (Wikipedia, 2026).

La narrativa de Al Jazeera (2026) captura con precisión la lógica de lo que había ocurrido: la reanudación de hostilidades el 2 de marzo de 2026 sorprendió a pocos observadores atentos. La pregunta nunca fue si el conflicto regresaría, sino cuándo. Los arreglos que siguieron al alto al fuego del 27 de noviembre de 2024 eran ampliamente

comprendidos como temporales y estructuralmente débiles, dejando la dinámica subyacente de confrontación prácticamente intacta. Esta evaluación, compartida por múltiples analistas en el período previo al colapso, confirma retroactivamente la tesis de este ensayo: el alto al fuego no era un mecanismo de paz, sino la postergación gestionada de una guerra cuyas condiciones estructurales no habían sido alteradas.

Varios elementos del colapso de marzo de 2026 merecen atención analítica específica. En primer lugar, la ausencia de mediación diplomática efectiva: a diferencia de fases anteriores del conflicto, cuando la diplomacia internacional —por limitada que fuera— intentaba contener la escalada, esta nueva ronda se desarrolló en un vacío diplomático relativo. El mecanismo de monitoreo del alto al fuego había dejado de funcionar antes del estallido formal: en su última reunión, a finales de febrero de 2026, los representantes israelíes no se presentaron, marcando el fin del marco de supervisión. En segundo lugar, la asimetría en la destrucción acumulada: las FDI habían establecido posiciones permanentes en cinco puntos del territorio libanés, la infraestructura del sur de Líbano había sido devastada, y más de 64.000 personas permanecían desplazadas. Este nivel de destrucción, lejos de haber generado una capitulación de Hezbolá, había producido el tipo de resentimiento y disponibilidad para el sacrificio que la literatura sobre conflictos asimétricos identifica como factor potenciador de la resistencia.

En tercer lugar, y quizás lo más revelador desde la perspectiva teórica, la naturaleza del detonador final: no fue una acción de Hezbolá contra Israel lo que desencadenó la guerra, sino un evento exógeno —el ataque contra Irán— que eliminó de un golpe los cálculos de contención que habían mantenido a Hezbolá en modo de reconstrucción pasiva. Esta dependencia del sistema de contención respecto a variables exógenas no controlables por ninguno de los actores directos es la manifestación más clara de la fragilidad sistémica que la tesis de este ensayo procura articular: un equilibrio que depende de que el entorno regional permanezca constante es un equilibrio aparente, no real.

VI. Conclusiones

El análisis desarrollado en estas páginas permite extraer conclusiones en tres niveles: teórico, empírico y normativo-político.

En el nivel teórico, el caso Israel-Líbano-Hezbolá 2023-2026 ofrece evidencia de primer orden para el concepto de disuasión erosionada como categoría analítica autónoma, distinguible tanto de la disuasión funcional clásica como del colapso disuasorio instantáneo. La erosión no es un evento sino un proceso: opera por acumulación de pequeñas decisiones racionales que, en conjunto, producen un resultado irracional desde la perspectiva del interés de largo plazo de todos los actores involucrados. La confluencia del realismo ofensivo de Mearsheimer —que explica la lógica de maximización de poder que impulsa a cada actor— con la teoría schellingiana de la coerción —que ilumina los mecanismos de señalización y sus patologías— y el marco de las nuevas guerras de Kaldor —que da cuenta de la morfología híbrida del conflicto— ofrece una plataforma analítica más robusta que cualquiera de estos marcos de manera aislada.

En el nivel empírico, los datos son contundentes en su convergencia: durante más de quince meses, lo que formalmente era un alto al fuego operó como una guerra de baja intensidad continua. Israel ejecutó 669 ataques verificados contra objetivos en Líbano (Alma Research and Education Center, 2025), UNIFIL documentó más de 10.000 violaciones del espacio aéreo libanés (Al Jazeera, 2026), y 331 personas murieron en Líbano durante el período del supuesto cese al fuego (NRC, 2025). La reconstrucción acelerada de Hezbolá, la ocupación israelí de posiciones estratégicas en suelo libanés, y el desplazamiento permanente de más de 64.000 personas dibujaban un cuadro en el que la arquitectura del acuerdo de noviembre de 2024 era, como acertadamente señaló Al Jazeera (2026), una estructura construida para fracasar.

En el nivel normativo-político, las conclusiones son sombrías pero necesarias. Los mecanismos de derecho internacional existentes —la Resolución 1701 del Consejo de Seguridad de la ONU, el acuerdo de cese al fuego de noviembre de 2024, la presencia de UNIFIL— no fueron suficientes para transformar la lógica de la confrontación estructural. Esto no significa que el derecho internacional sea irrelevante, sino que su eficacia depende de la voluntad política de los actores para respetar sus marcos, y que en ausencia de esa voluntad, los instrumentos jurídicos se convierten en fachadas que legitiman formalmente lo que sustantivamente no pueden contener. La lección para la política exterior y la diplomacia preventiva es perturbadoramente clara: los acuerdos de cese al fuego que no abordan las condiciones estructurales del conflicto —la presencia de actores no estatales armados, la asimetría de capacidades, los intereses de potencias externas— no son soluciones; son aplazamientos con intereses acumulados.

Finalmente, la espiral donde evitar la guerra exige prepararse para ella no es una anomalía del sistema internacional; es, como señaló Mearsheimer con su característica lucidez pesimista, la tragedia intrínseca de la política de poder. Lo que el caso Israel-Líbano ilustra con crudeza excepcional es que esa tragedia no requiere actores irracionales: se produce, con asombrosa precisión, cuando actores perfectamente racionales aplican la racionalidad de corto plazo en un sistema cuyas propiedades emergentes escapan al control de cualquiera de sus componentes individuales. La frontera Israel-Líbano no es el escenario de una tragedia de la voluntad, sino de la razón.

VII. Referencias

Fuentes primarias y organismos internacionales

ACLED. (2025). Israel recalibrates its military campaigns in a region still on edge. Armed Conflict Location & Event Data Project. https://acleddata.com/report/israel-recalibrates-its-military-campaigns-region-still-edge

Alma Research and Education Center. (2025, noviembre 27). Special report: One year since the ceasefire in Lebanon – The Israeli thwarting effort against Hezbollah's reconstruction effort. https://israel-alma.org/special-report-one-year-since-the-ceasefire-in-lebanon-the-israeli-thwarting-effort-against-hezbollahs-reconstruction-effort/

Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos [ACNUDH]. (2025, octubre 17). UN experts warn against continued violations of ceasefire in Lebanon and urge protection of civilians. https://www.ohchr.org/en/press-releases/2025/10/un-experts-warn-against-continued-violations-ceasefire-lebanon-and-urge

Norwegian Refugee Council [NRC]. (2025, noviembre). Lebanon: Israel's attacks continue one year into "ceasefire". https://www.nrc.no/news/2025/november/lebanon-israels-attacks-continue-one-year-into-ceasefire

The Washington Institute for Near East Policy. (2025). Salvaging the Lebanon ceasefire amid looming deadlines and threats of war. https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/salvaging-lebanon-ceasefire-amid-looming-deadlines-and-threats-war

Wikipedia. (2024, actualizado 2025). 2024 Israel–Lebanon ceasefire agreement. https://en.wikipedia.org/wiki/2024_Israel%E2%80%93Lebanon_ceasefire_agreement

Wikipedia. (2024, actualizado 2025). Hezbollah–Israel conflict (2023–present). https://en.wikipedia.org/wiki/Hezbollah%E2%80%93Israel_conflict_(2023%E2%80%93present)

Wikipedia. (2026). 2026 Lebanon war. https://en.wikipedia.org/wiki/2026_Hezbollah%E2%80%93Israel_strikes

Prensa internacional verificada

Al Jazeera. (2026, marzo 11). The Israel-Hezbollah ceasefire was built to fail. https://www.aljazeera.com/opinions/2026/3/11/the-israel-hezbollah-ceasefire-was-built-to-fail

Al Jazeera. (2026, febrero 2). A year after Hezbollah-Israel ceasefire, over 64,000 Lebanese displaced. https://www.aljazeera.com/features/2026/2/2/a-year-after-hezbollah-israel-ceasefire-over-64000-lebanese-displaced

Obras teóricas y académicas

Herz, J. H. (1950). Idealist internationalism and the security dilemma. World Politics, 2(2), 157–180. https://doi.org/10.2307/2009187

Jervis, R. (1978). Cooperation under the security dilemma. World Politics, 30(2), 167–214. https://doi.org/10.2307/2009958

Kaldor, M. (1999). New and old wars: Organized violence in a global era. Polity Press.

Kaldor, M. (2013). In defence of new wars. Stability: International Journal of Security and Development, 2(1), 1–16. https://doi.org/10.5334/sta.at

Mearsheimer, J. J. (1983). Conventional deterrence. Cornell University Press.

Mearsheimer, J. J. (2001). The tragedy of great power politics. W. W. Norton & Company.

Schelling, T. C. (1960). The strategy of conflict. Harvard University Press.

Schelling, T. C. (1966). Arms and influence. Yale University Press.

Waltz, K. N. (1979). Theory of international politics. Addison-Wesley.